

No quiere cenar ninguno,
Solo cena el inocente,
Mirando aquel caos confuso,
Y satisfecho levanta
El vuelo, en el aire puro,
A pagar al arriero,
Que le ama en grado sumo.
Dióle con una corita
Con mas boca que un pantufo,
Con quien se quedó en la venta,
Que pasar de allí no pudo;
Y siguiendo su viaje,
Con vuelo presto se puso
En la Pinciana ciudad,
Tan celebrada en el mundo.

(Romancero general.)

1681.

(Anónimo.)

Señor pretendiente amigo,
Escuche un rato por bien,
Ansi de sus mancebías
Cuenta alguna á la vejez:
Escuche á una coronista,
Si quiera por ser mujer;
Que correr á un hombre macho
Sabrá una fembra tambien.
Tienda la oreja de un palmo,
Y no pregunte por quién,
Que aunque no rebuzna naide,
Será fácil de entender.
Sepa que por su caraza,
Redonda como pastel,
Traigo cuartanario el gusto,
Y la voluntad con sed:
Desde que la negra tumba
Arrimó vuestra merced,
Eché el anzuelo á las patas,
Y no sé qué me pesqué;
Porque estoy tal desde entónces
De este amoroso interes,
Que me he de volver mas blanda,
Mientras fuere mas cruel.
Dícenme que sabe mucho,
Porque al fin fué bachiller,
Cuando estudiaba en Bitonto,
Habrá dos años y un mes.
Lo que es galas é invenciones
Una agora y otra ayer,
Sin duda lleva ventaja
Al mas rico ginoves;
Y esos ojos gatatumbos,
Mas hermosos que un clavel,
Cogen las almas al vuelo,
Que no las dejan caer.
Esa boca de risa,
Siempre llena de placer,
Donde á la naturaleza
Diz que se le fué el pincel,
¿A quién no ha de dar mil muertes,
Ó miedo, al tiempo que ve
El erizado bigote,
Como morisco de Fez,
El pescuezo cortetano,
Y la espalda á lo frances?
Mal aya el siglo mil veces
Del que le quitó un fardel;
Comedida la cintura,
Estrecha como almacén,
Con dos juanetes pequeños
Para remate en los piés.
Que su merced vale mucho,
Tengo al fin por parecer,
Porque un Lisardo y dos Juanes
Sin duda valen por tres.
En efecto que es tan lindo
Que en cuatro meses ó tres

Puede rendir imagino
La mas hermosa Raquel.
Si acaso le dan á Lia,
No la embarque en su batel;
Mejor es un atabarre,
Que lias no aprietan bien.
Y agora que está de espacio,
Haga como amante fiel,
Porque si el Rey va camino,
Lo llevarán de alquiler.
Haga piernas con las patas,
Cuando á la ventana estén
Doña Elvira y Doña Sol,
Una fembra, otra mujer.
Recoja aqueste terron,
¿Qué digo? aqueste papel,
Y limpie para otra tanda
La acicalada y paves;
Y de aquesto no se corra,
Que es, amigo, moscatel;
Y hasta que cierre del todo
No le escribiré otra vez.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1682.

(Anónimo.)

Ya que á despedirme vengo,
Por esta vez, Laura ingrata,
Escucha tus sinrazones,
Pues mis razones te agravian;
Que pues condenado estoy
A vivir en tu desgracia,
Usando de mi derecho
Diré las verdades claras.
No negarás, pues no puedes,
Que yo en un tiempo gozaba
De tus favores á solas;
Pero al fin todo se acaba.
Confieso que prometias
Verdes hojas de esperanza;
Mas mudóte el primer viento,
Por ser las hojas de caña.
Confieso que los cabellos
Fuéron lazos de mi alma;
Pero como á otro Absalon
Me colgaron de las ramas.
Fui yo la luz de tus ojos;
Mas abriste una ventana
Por donde entraron mas luces
Que tiene minas Arabia.
Fui idólatra de tus gustos,
Aunque eché de ver tus faltas;
Pero todas dais dentera,
Como la fruta vedada.
Mal conservarte supiste;
Pero aqueso no me espanta,
Porque la fruta en la corte
Al tercer dia se gasta.
Diste en ser muy pediguñía,
Que en mujer es grande falta;
Porque quien pide está cerca
De dar á quien le demanda;
Que sois todas las mujeres
Como campana quebrada,
Que ha de ser, si suena bien,
A fuerza de oro y de plata.
De tu fe quise en mi pecho
Hacer una consonancia;
Mas mal concuerdan mujeres,
Que fué la primera falsa.
Vendeis á quien mas os quiere;
Pero ya os viene de raza,
Que no sin mucho misterio
Salisteis de las espaldas.
A mi enfermedad de amor
Fuiste píldora dorada;
Pero, fuera la apariencia,

Cualquier píldora es amarga.
Gustabas de que te vieses,
Que de perderte fué causa;
Que quien gusta de ser vista,
Gustará de ser tocada.
Ya con esto me despido,
Rogando á Dios me dé gracia,
Que no me pague ninguno
De la suerte que me pagas.
Quédate, que yo confío
Que has de poner tu esperanza
En quien por justo castigo
Te trate como me tratas;
Que á tu amor se muestre ingrato,
Como tú á mi amor ingrata,
Porque por los dos se diga,
Que tal para tal se guarda.

(Romancero general.—II. MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1683.

(Anónimo.)

Escúcheme, reina mia,
Así Dios le dé salud.
Le cantaré una letrilla
En templando mi laud.
Quiero, señora, que entienda
Que en mi tierna juventud
Me doy, no á vicios como otros,
Sino á seguir la virtud.
Muy de ordinario mi canto
Comienza en *ge, sol, re, ut*,
Teniendo siempre tres puntos,
La llave del *cefaud*.
Ese es mi entretenimiento,
Y será hasta el ataud,
Porque enderezo mis obras
Por un extremado azud.
En pié estaré, aunque me canse,
Si no préstame un almud,
Que aquí la letra comienza
Conforme á su senectud.

Cantarillo.

Recordedes, niña,
»Con el alvore,
»Oiredes el canto
»Del ruseñore.»
No finqueis dormida,
Fembra enamorada,
Pues el alborada
A amar vos convida:
Pues sois tan garrida,
Sali al balcone,
»Oiredes el canto
»Del ruseñore.»
»Ponedvos, señora,
El vuestro briale,
Que cuido que iguale
En gracia al aurora.
En el corredore,
»Oiredes el canto
»Del ruseñore.»

(Romancero general.—II. MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1684.

(Anónimo.)

Despues que te andas, Marica,
De señoras en señores,
Viendo hacer la zarabanda,
Y cantando adonde, adonde,
No haces de mí mas caso
Que el Rey, de los labradores,
Siendo yo el mayor servicio

De todos cuantos conoces.
»Miedo me pones, niña Bivero,
»De que tienes que flojar en mis amores.»
Del adviento para acá
Que merendámos arrope,
Mas solaces has corrido
Que hay en Flándes atambores.
Si te llaman ó te vas,
No lo sé, mas dice Jorge
Que se muere la afición
Si no hay favor que la sople.
»Miedo me pones, etc.»
La consuegra del Doctor
Te hauplicado que cortes
De tu voluntad el hilo,
Con que mis entrañas coses.
Tus parientes por detras
Diz que la lengua me ponen,
Y como si fueras mala
Llueven sobre ti sermones.
»Miedo me pones, etc.»
Pasando por tu calleja
Di dos suspiros disformes,
Y asomóse á la ventana,
Tu cuñado el sacerdote:
Yo que por tí le tomé.
Dijele:—¿Qué par de coces
Me ha dado tu amor, Marica,
Que es muy ligero, y soltóse!—
»Miedo me pones, etc.»
Respondió determinado
Con sus barbas de doblones:
—¿En qué ley halla que son
Maricas los capiscoles?—
Callé mi boca ruin,
Y huime de tus cantones;
Porque, hablando la verdad,
Con los ojos espantóme.
»Miedo me pones, etc.»
¿Sabes qué pienso, Marica?
Que del amor los virotos
No te podrán traspasar,
Aunque mas el arco doble.
Dicen caben en tu pecho
Mas baratijas que un cofre;
Y que las entrañas tienes
De guijarros de Torote.
»Miedo me pones, etc.»
¿Quién dijera que conmigo
Tu querer fuera de gonces,
Y que pudieran sacarme
De tu alma tres razones?
Todo lo trastorna el tiempo,
Gran oficial de relojes,
Postillon de nuestras vidas
Sin rocín y con alones.
»Miedo me pones, etc.»
Bien podrá ser que en la villa
Otro de mas llenas trojes,
Y de mayores rebaños
Habrás que contigo tope;
Mas con véras de afición
A él y á los Pares Doce
Les hago la diferencia
Que va de un león á un gozque.
»Miedo me pones, etc.»
Sirvan mis coplas de cartas
Desde el principio á la postre;
Y por tus ojos, Marica,
Que respondas, pues respondes.
Fecha en el mes que las gatas
Maullan porque las cogen,
Porque tienen mas cosquillas
Que hojas un alcornoque.
»Miedo me pones, etc.»

(Romancero general.)

1685.

(Anónimo.)

Subieron á Jeromilla
Sus padres, que no debieran,
De zapatillo ordinario
A chapín, servilla y media.
Como se vió sobre corcho,
Dió en liviana de lijera,
Nuevos alientos cobrando,
Que la van parando hueca.
Los ojos puso en un jóven,
Que dejando las escuelas,
Vino al lugar con mas grados
Que tiene toda la esfera.
Vió sus patentes doradas
Con muchas listas bermejas,
Y como toro en el coso
La pobre niña se ceba.
A los segundos recaudos
Los concertó una tercera,
Y en ménos de un cuarto supo
Todas sus partes y letras.
Y sintiéndose con brios
De música y de poeta,
Al son de una guitarrilla
Compuso y cantó esta letra:

Cantar.

Con amor que vuela
Me volé á la escuela.

Paséme de un vuelo

De libre á sujeta,

De moza á casada,

De encogida á suelta.

Prestóme sus alas

Amor con que vuela,

»Y volé á la escuela.»

Mostróme el amor,

Norabuena sea,

De mil nuevas ansias

Unas Indias nuevas,

Un mar de aficiones,

Y un pozo de ciencia;

»Y volé á la escuela.»

Críome mi madre

A su sombra de ella

Con freno importuno,

Sin mostrarme espuela;

Pero descuidóse

En la centinela,

»Y volé á la escuela.»

(Romancero general.)

1686.

(Anónimo.)

Vive Dios, señor Hernando,
Que no sé cómo he podido
Estar dos días sin verte,
Siendo, cual lo es, mi amigo.
Si dura mucho esta ausencia,
Desde aquí me pronostico
Que me tengo de morir
Cuando Dios fuere servido;
Porque te tengo en el alma
Tan de veras esculpido,
Que el rato que no te veo
Mal haya yo si te miro;
Y en pensar que no me quieres,
Con tanto rigor me alijo,
Que almuerzo cada mañana
Una lonja de tocino;
Y tráeme tan desvelada
Este cuidado prolijo,
Que me acuesto á la oración
Y á mediodía me visto.
Al fin yo estoy de tal suerte,
Que cuando lloro no río,

Y cuando me duele algo,
Para descansar suspiro.
Y no me basta pasar
A tu causa estos martirios,
Sino que intentas agora
Hacer de mi sacrificio,
Diciéndome, cual me dices,
Que viene ya de camino
Cierta dama en busca tuya;
Y créolo, que eres lindo.
Pero si tal ven mis ojos,
Desde aquí te certifico
Que me he de arañar el rostro
Con martas de un regalillo;
Y que hasta tomar venganza
Y darte el justo castigo,
No he de comer pan á secas
Cuando tuviere cabrito.
Y plega á Dios si me vieren
En cosa de regocijo,
Que caiga rayo del cielo
En casa de algun judío;
Y que si sé que me dejas
Por mujer de aqueste siglo,
Que me tengo de ahorcar
De los brazos de mi amigo,
Que basta quererte yo
Mas que Melibea á Calixto,
Para que no quieras otra,
Aunque te lo ruegue un siglo.
Si yo guardo tus preceptos
Cual guarda el moro el domingo,
Y creo lo que me dices
Como él cree en Jesucristo;
Si me alegro con tu vista
Como la chicharra al frío,
Y si tus besos me saben
Como el jamón al morisco;
Si puedo jurar muy bien
Desde que traté conmigo
Que no te he sido infiel
Con mas de con veinte y cinco;
Si tiemblo de verte airado
Cual segador en estío,
Y me pongo de vergüenza
Mas colorada que un lirio;
¿No ves que es ingratitud
Pagar mal estos servicios,
Y que si yo los sufriese
Me darán las gentes silbos?
Para tantas sinrazones
Mucho siento y poco digo,
Mas lo que falta en la pluma
Suplirá despues el pico.

(Romancero general.)

1687.— 1688.

(Anónimo.)

Pues vuestra merced se casa,
Por muchos años y buenos
Goce el nuevo desposado;
Que mejor dijera viejo.
Unas canas venerables
Valen mucho en este tiempo;
Que son honra de la patria
Y madres de los consejos.
No le faltará que hacer,
Llevando tal sobrehuoso,
Para sudar en verano
Y para helarse en invierno.
Desde aquí se lo perdono,
Aunque no á mi pensamiento,
Pues que le ha dado materia
Que la encomie con mis versos.
¿Mis quejas y sus querellas,
Mi castigo y su tormento,
Su grave culpa y mi pena,

Muy buen monopolio han hecho.
Las de mi parte se acaban
Como el humo sin el fuego;
Las de la suya comienzan
Como el frío con el hielo.
Dése un verde este verano,
Que el que viene será enero,
Y me podré yo alabar
Que fui pronóstico cierto.
Verificarése agora
Su tibieza y mi recelo,
Pues no me podrá negar
Que come, mas no pan tierno.
Sus holgadas libertades
Que andaban ayer en pelo,
Agora andarán en canas:
En fin, castigo del cielo.
Quien todo lo menosprecia
Siempre topa su desprecio,
Y en equivoco sentido
Se suele quedar en seco.
Su nuevo galán, señora,
Ni es hermoso ni discreto,
Ni gentil hombre ni afable,
Dejado el no ser mancebo.
Alórrrese su merced
Con esa carga de huesos,
Que si ayer la llamé gloria,
Hoy la llamo cementerio.
Quien la viere y quien le viere,
Ella moza, y él tan viejo,
Con razon podrá decir
Que es el mundo grande necio.
Si fuera para dos días,
Era tolerable el yerro,
Aunque dúdolo en tal parte,
Si había de llegar á medio.
Un consuelo quiero darla,
Y agradézcame el consuelo:
Que junto con el marido
Lleva padre y escudero.
Mujeres tan prevenidas
Dignas son de tan buen premio,
Y que tantos servidores
Tengan en solo un sugeto.
Bien á fe se ha prevenido,
Aqueso no se lo niego,
De esposo para su gusto,
Padre para su gobierno.
Será el afición doblada,
Sera doblado el contento:
En secreto, de marido,
Y en lo público, de abuelo.
¿Dichosa vuestra merced,
Pues la quiere tanto el tiempo,
Que satisface con canas
A sus tocas de respeto!
Virtud es, y harta virtud
Llevarlo tan por lo cuerdo,
Que por un anciano honrado
Deje mil mozos traviosos.
Pero ¿para qué me canso,
Si ya no tiene remedio,
Y el yugo del matrimonio
Mientras se vive es eterno?
Esto es lo que á mí me venga,
Y quien la da el pago es esto;
Pues que se acaba mi pena,
Sin acabarse su yerro.

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte.— It. Romancero general.)

1689.

(Anónimo.)

¡Oh volador pensamiento,
Que cual águila gallarda
A los palacios del sol

Lijero subes y bajas!
Reposa, no te deslumbren
Rayos de divinas llamas,
Cometas de estrellas libres,
Resplandor de lunas varias;
Penachos tienen los cielos
De las plumas de tus alas,
El escarmiento pinceles,
Mi desdicha historias largas.
De hoy mas, pensamiento altivo,
Andemos por tierra llana;
Canas son, que no lunares,
Haya seso, pues hay canas.
«Cierra tus alas,
»Que dan, por glorias breves, penas largas.»
Hecho nebbi de altas presas,
Volastes soberbias garzas,
Mas ya reducido á tierra,
Vuelas tristes cogujadas.
Amaste ilustres billetes,
Heroicas ruinas cantabas,
Gozaste aceros agudos;
Mas ya solo hierros gastas.
Como gusano de seda
Tu misma vida hilabas,
Con desengaños traidores,
Para mi muerte temprana;
Y al fin como tantos días,
Y al fin como noches tantas
Soy Palinuro de amor,
De Vénus cabo de escuadra.
Digo tras haber traído
Mas atabales que lanzas,
Que ya todo el mundo es tierra,
Que ya todo el mar es agua.
«Cierra tus alas, etc.»
Cuando Cambray no alcanzare
Mi deseo, rompa humayna,
Tiznadas teas me alumbren
A falta de antorchas claras.
¿Qué importa que Juana sea
Pecosa, morena ó blanca,
Y que esta vista picote,
Como raso Doña Juana?
Que traiga Ines arandela,
O Inesilla no la traiga,
¿Qué va en ello, si es mejor
Que mal fisan buena vaca?
A la polla de los gustos,
Quien bien gobierna sus cartas,
Con sotás suele dar bote,
Y otros con reyes se cargan.
«Cierra tus alas, etc.»
Porque mire vizco Elvira,
Que esto bien mirado es tacha,
Porque cecée Inesilla
Por Valencia ó por Triana,
No es razon que Elvira pida
Con sus ojos de dos caras,
Doblones con otras dos,
Pues coronas simples bastan;
Ni que Francisca tampoco,
Requintando las palabras,
La pida de casamiento
Doncella de Dinamarca.
No mas, pensamiento mio,
Que de la edad las campanas
Tocan visperas de muerte,
Si ántes á laudes tocaban.
Si á los meses de mis días
Sientes que les amenza
En el agosto postrero
Del tiempo la hoz tirana,
«Cierra tus alas, etc.»

(Romancero general.)

1690.

(Anónimo.)

Galanes, los que tenéis
Las voluntades cautivas
En el Argel de unos ojos
Que la voluntad os privan;
Los que á los soles de agosto
Y á la escarcha de Castilla,
Sois en invierno y verano
Medio hombres y medio esquinas;
Los que hilando los bigotes
Y alzando el cabello arriba,
Idolatráis una necia
Detras de una celosía:
Oid á un cofrade vuestro
Que se escapó de la liga
Hoy hace treinta semanas,
Un miércoles de ceniza.
Salud y gracia: Sepades
Que me vi por una niña
No dormir en treinta noches,
Ni comer cuarenta días.
Tropecé en un desengaño,
De suerte que la caída
Me costó dentro de un mes
Dos purgas y seis sangrias.
Ya vivo como arancel,
Ya no soy quien ser solía,
Ya duermo y cómo á mis horas,
Y ando mostrenco en la villa.
«Tararira;
»No tiene el Rey tal vida.»
Ya me levanto á las siete,
Y puesta camisa limpia,
Me miro y pongo al espejo
Bien ó mal las lechuguillas;
Ya no me aprieto el zapato,
La cuera ni la ropilla;
Ya llevo las medias flojas
Y mal atadas las ligas.
Almuerzo como un tudesco
Después que vuelvo de misa,
Si es verano, en el jardín,
Y si invierno, en la cocina.
De setiembre á Navidad
Como bandujo y morcillas;
Y desde diciembre á enero,
Rico solomo y salchichas:
Las turmas de mayo á mayo
Cómo con lunadas fritas,
Y desde mayo hasta agosto
Pernil fiambre con guindas.
Bebo con nieve y aguado
Cuando hay calor excesiva;
Pero cuando el tiempo hiela,
Como el Redentor lo cria.
A las once como siempre
La olla de un ama limpia,
Con algun torrezno asado
Y con otra niñería:
Si hay palomino, la pierna,
Si hay cabrito, las costillas,
Si gallina, la cadera,
Y si perdiz, la tetilla.
«Tararira,
»No tiene el Rey tal vida.»
Cuando dicen que á Doña Alda
Dió Don Juan una basquiña,
Échole calzas de tonto,
Aunque venga de la China.
Cuando quieren reñir dos
Sobre quién priva ó no priva,
Pregunto dónde ha de ser
Y qué ventanas se alquilan.
Cuando veo algunas damas
De las de coche y vajilla,
Ríome de aquellos tontos,
Pobres, por hacerlas ricas.

El gusto traigo de mezcla,
Porque donde una vez pica,
No volviera si me diesen
El tesoro de las Indias.
Cuando encuentro por las calles
Los ministros de justicia,
Me acuerdo de los tejados
Por donde anduve en camisa.
Traigo con llave la espada
Y con antojos la vista,
Y en la punta del puñal
He puesto una zapatilla.
«Tararira,
»No tiene el Rey tal vida.»

(Romancero general.)

1691.

(Anónimo.)

—Oid, amantes noveles,
Los que en mitad del invierno
Entre las once y las diez
Andáis hechos estrelleros;
Los que mirando á una reja
Se os pegan los pies al suelo,
Idolatrando en su gusto
Como en imágen del templo;
Los que mirando unos ojos
Zarcos, azules ó negros,
Destilan los vuestros agua
Del alquitara del pecho;
Los que mirando unos lazos
De negro ó de rubio pelo,
Dejáis colgar vuestras almas
Del mas delgado cabello;
Los que adoráis unas manos
Blancas por virtud del sebo,
Que cuando el sebo les falta
Serán azabache negro:
Oid, que os quiero contar
Del niño Amor los enredos;
Y sirva mi voz de antorcha
Que alumbrá cuidados ciegos.
No pongáis jamás los ojos
En mujeres de este tiempo,
Que son caballos de Troya,
Sepultura de los griegos.
La que mas dice que os quiere,
Esa os engaña mas presto;
Y la que mas os alaba,
Santiguadla dende lejos,
Que si la ofreceis el alma
Cifrada en un camafeo,
Dice que le dais alquimia
Y que no se acuerda de ello.
Ya pasó el tiempo dorado
Y vino el de alquimia y hierro;
Ya se murió Cleopatra,
Tisbe, Dido, Elena y Ero;
Ya fenecieron aquellas
Que hicieron por ejemplo
Sacrificio de sus vidas
Y tragedia de sus cuerpos;
Ya no hay damas que se maten,
Mas hay amadores tiernos
Que parecen trasnochados
Fantasmas de cuerpos muertos.
Ya no hay mujeres que lloren
Ni den lágrimas al viento;
Y son, si algunas derraman,
Pocas, fingidas y á censo.
La mujer mas ignorante
Y la de mas torpe ingenio
Hace burla de Belardo,
De Quirando y de Riselo.
Ya son las damas de ahora
Medusas del tiempo viejo,
Y de catorce ó quince años

ROMANCES VARIOS JOCOSOS, SATÍRICOS Y BURLESCOS.

549

Son Celestinas del nuevo.
Ya saben hablar frances,
Italo, inglés y caldeo,
Vergamasco y valenciano,
Portugues, morisco y griego;
Ya saben pedir callando
La basquiña y el manteo;
Ya son escrituras mudas
Que hablan en su derecho.
Guárdense los que comienzan
A seguir al niño ciego,
Y tomen ejemplo en mí
Y en escarmentados necios.—
Aquesto Erhano cantaba
En su templado instrumento,
Diciendo á las cuerdas locas
La pena del dueño cuerdo.

(Romancero general.)

1692.

(Anónimo.)

Yo tuve con cierta Doña
Mas de cuatro veces flux
De voluntad solapada
Y de embelecó al uso.
Era la tal mi señora
Amiga de cascós lucios,
Eminente, caprichosa,
Tentada de amor y rumbo:
Enojábase de ver
Una brizna de descuido
En el alma ó en los ojos
De quien cursaba su estudio.
Cuando comencé á querella,
Como si fuera Licurgo,
Quebró mis bolgados fueros,
Y estrechas leyes me puso.
Mis cerriles libertades,
Con silla y con freno duro,
Siguiendó sus lijerezas,
Corrió mas que el potro rucio.
Como si para beberme
Me quisiera, así me tuvo
Muchas noches al sereno,
Hecho fantasma de muchos,
Y con arrojarme un guante
Viejo y oliendo á mil untos,
A su parecer me enviaba
Mas consolado que sucio.
Ordenó que mis cuidados
Fuesen la mujer de Bruto,
Que vivas llamas tragasen
Por cualquier amoroso humo,
Y sabiendo que yo he sido
Un glotonazo epicuro,
Con una mano pensaba
Hartar mi carnal ayuno.
Yo, que á Dios gracias por ello,
Soy un poco verde-oscuro,
Quinolero de repente,
Escribible estos rasguños:
«Muy elevada señora,
»Viendo del tiempo caduco
»Las señales que nos muestran
»Troya, Cartago y Sagunto,
»Y que ántes vivían los hombres
»A cien años, y á lo sumo
»Los matusalenes nuestros,
»Si viven cincuenta, es mucho:
»Quiero que mire las cosas
»Que establezco, ordeno y juro,
»Porque mude de favores,
»Pues yo de esperanzas mudo.
»Si una mano mas ó ménos
»Mi verdor se viere mustio,
»Y en flor sus melindres necios,
»Que me lleven loco al Nuncio.

»Si cuatro veces pasare
»Por calle que no dé fruto,
»Por las públicas me saquen
»Dando que hacer al verdugo.
»Si mas me billeteare
»Con señora de este mundo,
»Que me llame bien y entrañas;
»Las mias las cene un buho.
»Si de doncella voltaria,
»Mas escribana que Julio,
»Quisiere yo matrimonio;
»Que Judas nos eche el yugo.
»Si hiciere punto de honra
»En ser primero ó segundo
»En el amor y en la plaza,
»Que sea mi borla un chuzo.
»Y mi poder otorgando
»A los cofrades del gusto,
»Quiero que el mio reformen,
»Atento que ya no sufro.
»Si así me quieren las graves,
»Ora mojado, ora enjuto,
»A sus arrogantes aras
»Ofrezco mi pobre culto;
»O, si no, de arriba abajo
»Mi persona restituyo
»A las fáciles terneras
»Que absuelven de mil descuidos.
»Adios, mi altiva señora,
»Porque há graú rato que ocupo
»La pluma en sus necedades,
»Y en pensarle me atribulo.»

(Flor de romances, 4.ª y 5.ª parte. — It. Romancero general.)

1693.

(Anónimo.)

Una bella casadilla
Que apenas tiene quince años,
Que quitalla de jugar
Con las niñas fué pecado;
Y por ponerse chapines,
Alzacuello y verdugado,
Sin saber lo que hacia
Dió á su marido la mano;
Y después á las muchachas
Que vivían en su barrio
Les mostraba muy contenta
Las joyas que le habia dado;
Acabado el pan de boda
Volvióse de espaldas marzo,
Y hallóse la cuitadilla
Esclava de un sucio trasgo.
Era el marido celoso,
Y mas que celoso, avaro;
Y cuál era su figura
Miradlo en este retrato.
El cabello ya tordillo,
Muy cerca de cincuenta años;
Tan lampiño, que aun apenas
Le señalan los mostachos;
Ménos de un dedo de frente,
Con arrugas de reclamo;
Los dientes muy amarillos,
Distintos y descarnados;
Muy pródigo de nariz,
Y los ojos ribeteados;
Tan delgado, que el estrecho
De Gibraltar fué llamado.
Condenado á tos perpetua,
Depósito del catarro,
Y mas ronco que un ternero
Pronóstico de su daño.
Y con esto, el bellacon
Era tan desvergonzado,
Que por cualquier niñería
Jugaba triunfo de bastos.

Esta niña habla una tía,
Mujer de tocas y manto,
Gran matrona de consejo
Y de muy grueso rosario.
Con lágrimas de sus ojos
A esta se está quejando
De la vida en que padece
Tan insufrible trabajo.
Aquella tan sabia vieja,
Que no fué Caton tan sabio,
Del archivo de su pecho
Así la está aconsejando:
—Hija, mudar condiciones
Es negocio muy pesado,
Y mas si tienen raíces
Echadas de algunos años:
Lo que hacen los prudentes
Es buscar algún reparo:
Hazlo, juega á dos espadas,
Pues te ha dado Dios dos manos.
Busca, niña, quien te quiera,
Que mil te estarán rogando;
Que bien puedes sin peligro,
Si te riges con recato.
Proveyó naturaleza
Que los animales bravos,
Porque no vean sus cuernos,
Tengan los ojos debajo.
Pues, cuánto ménos podrán
Ver los suyos los humanos,
Que como son invisibles,
No se tocan con las manos?—
No le pareció el consejo
A la casadilla malo,
Resoluta de pasar
De espaldas la mar á nado.
Pero aquella misma noche
El marido adivinando,
Le castigó la intencion,
Aunque fué para su daño;
Que mientras la sacudia,
Ó fuese adrede, ó acaso,
Le ayudaron de la calle
Esta letrilla cantando.
«Ayúdame á sembrar cuernos,
»Mientras que se piden celos.»

(Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.—It. Flor de
varios y nuevos romances, etc.—It. Romancero
general.)

1694.

(Anónimo.)

Todos dicen que soy muerto;
No debe de ser sin causa;
Que quizá pienso que vivo,
Y alguna sombra m'engaña.
Cumplidos son mis deseos;
Solo morir me faltaba:
;Oh, bien haya el inventor
De aquesta mi muerte amarga!
Que á no saber qu'era así,
De mi tierra y de mi casa
Ya me lo hubieran escrito
En cuatro pliegos de cartas.
;Gracias á Dios que acabó
De mi enemiga la saña!
Pues dicen que con los muertos
Es infame la venganza.
Trabajos como los míos
Solo el morir los acaba;
Qu'en lo dulce de mi muerte
Conozco la vida amarga;
Que segun son los deseos
De quien agora me mata,
Con sogá debió de ser,
Que yo no he muerto en la cama;
Que lo que he dicho y escrito

Verdades fuéron sin falta,
Pues á hombre que muerto está
La lengua le quedó sana.
Y pues me ha dejado el cielo
El instrumento del alma,
Hablar puedo sin temor
De la justicia y sus armas,
;Oh verdades invencibles
Que me dejastes sin habla,
Conózcaos el mundo agora,
Si tantos milagros bastau!
;Oh qué verdades m'esperan
Qu'en la vida las callaba,
Porque las tuvo el temor
Con treinta llaves cerradas!
Oid, señores crueles,
Nobleza al fin heredada,
Sangre que os viene del río,
Como al artificio el agua;
Tiranos de los servicios
Y alguaciles de las faltas;
Los que no adquirís nobleza,
Que la del abuelo os basta;
Oid, alba, vientos, pobres,
Aduladores de causas,
Aventureros de mesa
Y penitentes del alma;
Oid, mi hadado escuadron
De bonetes y sotanas,
A quien es todo posible
En lo qu'es potencia humana;
Oid, amantes al uso,
Camisas azafranadas,
Pañales del niño amor
El día que come pasas;
Mozuelos por quien la pita
Pasó de milagro á España,
Venciendo el color que tiene
Preciosa púrpura y grana:
Vosotros, los que comeis
Con delantera en las barbas,
Y en hormas de pan de azúcar
Haceis sombreros de Francia;
Mártires de vida estrecha,
Tudescos de calzas largas,
Verdugos por una media
De vuestras calzas mal sanas;
Oidme tambien vosotras,
Oidme, señoras damas,
Casadas con dos sentidos,
Equivocas en las faldas;
Las que teneis gula propia
Para cualquiera desgracia,
Que ya no castiga el mundo
Los maridos de las cabras;
Doncellas con escritorio
Para ordinario de cartas;
Oidme, señoras viudas,
Solo en apariencia santas,
Tocas blancas que se tocan
A manera de casadas,
Y al ruido de unas cuentas
Quereis tapar las de casa;
Oid, viejas Celestinas,
Las que cubris como mantas,
Y en hombros, como las aves,
Sacais á volar muchachas;
Las que de naturaleza
Soleis enmendar las faltas,
Adobando cerraduras
Que ya perdieron las guardas;
Oidme tambien, poetas,
Romancistas de Granada,
Los que vivís en el mundo
Porqu'entendeis el Petrarca
Canonizador del vulgo
Por ídolos de Abenamar.
Comencemos pues la historia...
Pero no digamos nada,

Que aunque's verdad que soy muerto,
Quiero dejar buena fama.
Pero si hablamos de veras,
;Por qué razon ó qué causa
Tanto gusta de mi muerte
Quien con la lengua me mata?
Mala vida le dé Dios,
Mal San Juan y mala pascua,
Malos pleitos Dios le dé
De ejecucion y demandas.
Si eres mujer, plegue al cielo
Que te empreñes y no paras,
Y que te vean mis ojos
Con mas arrugas que pasas;
Que á tu pesar viviré
Y engordaré por semanas
Lo que Dios fuere servido,
A quien ofrezco mis canas.

(Flor de varios y nuevos romances, 1.^a, 2.^a y
3.^a parte.—It. Romancero general.)

Alude á los artificios que usan para ocultar los efectos
de la primera fragilidad de las doncellas.

1695.

(Anónimo.)

Pacíficos amadores,
Los que á las doce y la una
En las esquinas parados
Pareceis aves nocturnas;
Los que pareceis pintados,
Los que os adornais de plumas,
Los que os preciais de galanes
Y mártires de cintura;
Los que por una palabra
Os acostais á la una,
Pareciendo á la mañana
Que os han espantado brujas;
Los que os armáis de paciencia
A resistir una lluvia
Que capa y jubon os pasa,
No dejando cosa enjuta;
Los que teneis el ingenio
Como conchas de tortuga,
Para forjar necesidades,
Agudos como una aguja:
A vosotros vos encargo
Un árbol que no da fruta,
Hasta que á fuerza de brazos
Le despojais de la oruga.
Una tierna niña es,
Que ayer salió de una cuna,
Y sabe ya mas maldades
Que la traidora Areusa:
Es botica de invenciones
Con que á vosotros os purga,
Archivo de falsedades,
Aduana de la luna.
Amarga su trato doble
Como la verde aceituna,
Y sus palabras taimadas
Son mas dulces que el azúcar.
Vosotros la alcanzaréis
Con una flema importuna,
Que á mí me ha dado dentera,
Como no estaba madura;
Que yo, como me crié
Con el doctor Covarrubias,
De siete leguas columbro
Lo que ella no ve de una.
Este me dió una lección
Que entre las otras relumbra,
Digna de inmortal memoria,
Y diréla si me escuchan.
Que quiera mas que mis ojos
La que fuere blanca y rubia,
Y que no me aparte de ella
Hasta que pida plus ultra:

Que nunca ponga los ojos
En cortesanías astutas,
Que con melosas palabras
El dinero nos usurpan;
Y si yo lo quebrantare,
Que de viruelas me cubra,
Y que en verano me maten
Chinches, mosquitos y pulgas.
Y así, señores, yo quiero
Pescar á bragas enjutas,
Y dejar costosos gustos
Y andar á mis aventuras.

(Romancero general.)

1696.

(Anónimo.)

El árbol que ahorcó á Judas
Invoco para mi canto,
No musas, selvas ni valles,
Fuentes, montes ni parnasos;
Que para mi intento basta,
Pues estoy desesperado,
Un árbol que fué bastante
A sufrir un ahorcado.
Yo soy aquel que otro tiempo
No dejé laurel ni ramo,
Arroyo, fuente ni ninfa,
A quien no diese mal rato;
Y sabido para qué,
Fué para que un estropajo
De una dama á quien servía
Pasase de mano en mano,
Pensando que por mi pluma
Llegaría ya hasta Tajo,
A meterse en compañía
Con Filis y su Berlarde.
Pero cuanto mas yo andaba
Metiéndola por los areos,
Tanto mas ella en los montes
Me metía hecho gamo.
Andaba yo sin color
Todo el día, imaginando
Cómo la haría sonetos,
Romances, comedias y autos.
Desentrañaba á Petrarca,
Desollaba á Garcilaso,
Para aplicar sus conceptos
A mis propósitos vanos,
Y entendiálo despues
Mi señora como un macho,
Que un día me dijo esto
Al soneto de Leandro:
—Señor, ¿qué fué de aquel mozo,
Que en verdad que me ha pesado
De que se ahogase tan presto,
Sin poder nadie sacarlo?—
;Miren qué gentil aliño
Para un buen desesperado
Que entendiése así el conceto
Que yo apliqué á mi trabajo!
Pues no paró aquí mi mal,
Que esto fuera poco daño,
Sino que la muy traidora
Hizo lo que iré contando.
Andando yo, como digo,
Todo el día embelesado,
Suspirando á sus cantones
Y mirando á sus tejados,
Cayó mala, ¡aquí fué Troya!
Sospecho que de los cascos,
Y para remedio de esto
Tomó no sé qué brebajo;
Y viniéndole á traer
Un traidor de un boticario,
Que boticario fué al fin
El que me trajo á este estrago,
Luego se rindió á sus botes
Y le sujetó á su almarío.

Nada sino las redomas
Le dan gusto ni descanso :
Todo el día está en la tienda
Dando y tomando recaudo :
Juntos destilan las aguas,
Y hacen el unguento blanco :
Miren si tengo razon
De echarme al pescuezo un lazo,
Pues veo mi fe en un bote
Y fuera un rétulo blanco !

(Romancero general.)

1697.

(Anónimo.)

Entre estas solas paredes,
En este desierto triste,
Te hallas, Amor tirano,
Mejor que tu madre en Chipre.
Hecho memorable emprende
Ese tu brazo terrible,
Fatigador de aquel arco
Que al cielo y al mundo oprime.
¿Qué trono sagrado ocupas ?
¿Con qué palio te reciben ?
¿De qué soberanos reyes
Las armas y cetro riges ?
Aquí no hay selvas pobladas
De arboledas apacibles ;
Los octubres no se lloran,
Ni se cantan los abrilés ;
No hay Alcides ni Dianas,
Cuya beldad solemnices,
Ni rayos de ilustres ojos
Que á tu ceguedad me guien.
Desnudo vienes, Amor :
Véte, niño, donde visten
Mentiras y desnudeces
Con ornamentos gentiles.
Véte á inventar sobresaltos,
Cuyos temores te enfrien ;
Busca pasados por llamas
Suspiros con que te abrigues.
Yo tengo compuesto el pecho
De sosiego : ¿ á qué viñiste,
Trayendo para turbarme
Cendal roto y plumas libres ?
A los amantes de leche
Será mejor que te apliques,
Que su cordero te llaman,
Y con ellos eres tigre.
En esos frescales años,
En esos fáciles mimbres
Te enreda, y deja este roble
Con aceradas raices.
Esos tabures noveles
Querrán tus falsos envites,
Con dos solas descartadas
Que ya de malilla sirven ;
Esos gusanos de seda
Que con tu calor revives,
¿ Ay de ellos, que los engañas
Porque sus vidas te hilen !
Avisóme un escarmiento,
Y en mi soledad métíme :
No me ballarás, tirano,
Aunque te acompañen linceas.
Dieras tú diez flechas de oro
Por verme andar á las quince,
Esquinero trasnochado,
Oyente de tus maitines.
Ya te acuerdas cuál andaba
¿ Es posible que tal hice ?
Bebiendo los aires vanos
Por una doncella Circe.
Al fuego de tus papeles
Blandamente derretíme ;
Que entonces por mis pecados
El alma tenía de pringue.

Ella cantaba mis versos,
Yo colgado de su tiple
Anduve mas de seis años ;
Mas dió en falsete, y caíme.
Por lo grave se gobierna,
Dejóme á mi por humilde,
Y porque me vió indigsto
De comer tanta miel virgen.
¿ Por qué quieres que cometa
Otro semejante crimen
Con otra cruel, mas alta
Que una lanza con chapines ?
Yo quiero que se me allane :
Ella quiere que me empine
A mirar los léjos varios
De sus arrogantes fines ;
Que la tome y que la deje,
Que no la sirva y la obligue,
Que la deba y que la pague,
Que la quiera y que la olvide.
Publica, Amor, por el mundo
Estas cosas que se siguen,
Mis secretos revelando,
Daréte para confites.
Yo soy un hombre que tengo
La condicion de matices,
Consolado el sufrimiento,
Los cuidados apacibles.
Mi memoria es rico cambio :
Tan bien da como recibe ;
Nobles hay que me la vácian,
Pecheras que me la hinchan ;
Habitó en cabañas yermas
Como en cuadras con tapices ;
Tan bien me huele el tomillo
Como los pomos de almizcle.
A falta de antorchas claras
Me alumbran turbios candiles,
Y con salpicon me paso,
Cuando no tengo perdices.
Véte, Amor, de mi estrechura ;
Mas mejor te las derriben,
Que tú me dejes helar
Helando á quien me derrite.
¿ Oh mal huésped de aposento !
Reposa entre estos tabiques ;
Mis adobes sean tus aras,
Y mi heno tus cojines.
Y pues que conmigo posas,
Haz que aquella que me aflige
No dé respuesta de bronce
A mis quejas de alfeñique.

(Romancero general.)

1698.

(Anónimo.)

No quiero amores tan libres
Que me puedan sujetar,
Ni de mujer lisonjera
Quiero esperanzas de hoy mas.
No quiero comprar favores
A peso de mi pesar ;
Que quien no guarda fe á uno
A nadie la guardará.
Escúchame un rato atenta,
Enemiga desleal,
Que eres ángel en la vista,
Y en las obras Satanás ;
Pues con desfogar mi pena
Mi pecho descansará ;
Que al fin no lastima tanto,
Si se comunica, el mal.
No te enoje lo que digo,
Que descanso con hablar,
Porque soy perro con rabia,
Que muerde á quien quiere mas.
Que si he mostrado quererte,
Es porque sepas que hay

Quien sabe tanto en fingir
Como tú en disimular,
Y que sufro mil agravios,
Aunque lo sé sufrir mal,
Por vengarme de mujeres,
Cuando se quieren burlar ;
Que aunque me ha obligado mucho
Ese rostro angelical,
Las maldades de tu pecho
Desobligado me han ;
Que si como me mostraste
Querermé, fuera verdad,
Sin duda que te adorara,
Como si fueras deidad.
Pero acogíome tu pecho
Con fingida voluntad,
Y viéndome aficionado
Se me quiso retirar ;
Y porque me vió picado,
Como si entrara á jugar,
Pensó que por desquitarme
Me ganara lo demas.
Sepa pues, señora mia,
Que no me suelo picar
Tanto, que aunque soy tahir
Perdiendo, lo sé dejar ;
Y vuesa merced bien sabe
Que no he sido tan azar,
Que no me han salido encuentros
Con que podelle topar.
Empero soy tan cortés,
Que en cosas de voluntad
Jamás las quiero por fuerza,
Aunque las pueda forzar.
Si es que me envidió de falso,
Tambien, señora, sabrá
Que siempre juego á primero
En el querer y dejar ;
Y si va á quinola doble,
Tambien me sé descartar ;
Que con puntos diferentes
Nunca echo el resto jamás.
Y aunque el contrario me envide,
Y tenga el siete y el as,
Porque no me acuda el seis,
No me tengo de ahorcar ;
Y así, porque me conozca,
La quiero desengañar ;
Que si sabe en juntar mucho,
Yo sé mucho en barajar.
Y que por largo que juegue
Y sepa mas en doblar,
Tambien sé jugar doblado,
Si me quiero aventurar ;
Pues de cosario á cosario
No se me podrá llevar
Sino solo los barriles,
Cuando negociase mal.
Pero fie de mi pecho,
Que tiene tanta bondad,
Que sabrá satisfacerse
De quien ofendió le ha.
Y aunque mi afición sea mucha,
Es tan grande tu maldad,
Que lo que era ántes perder,
Por ganancia tengo ya.
Ya sé que no te da pena,
Aunque algun tiempo podrá ;
Que las burlas del amor
En véras suelen parar.
Del que me ha hecho tu retrato
Bien me pudiera pagar,
Pero á quien bien he querido
Jamás le puedo hacer mal ;
Que hasta en esto mis entrañas
Muestran bien su natural,
Y la bondad que descubre
El toque de tu maldad.
Basta haberte conocido,

No quiero venganza mas ;
Que cuando esto no bastare,
El tiempo me vengará.
Y pues estoy sin pasion,
Y tú sin pasion estás,
Retirémonos, señora,
Antes que perdamos mas.

(Romancero general.)

1699.

(Anónimo.)

Si piensa el señor Cupido
Que soy de cera suave,
Engañale el pensamiento,
Porque soy de diamante :
Yo le digo desde aquí
De mi quiera desviarse,
No parta peras conmigo,
Que tengo de acuchillarle.
En tirarme agudas flechas
Le ruego que no se canse ;
Que quantas flechas me tire
Se han de quebrar en el aire.
¿ Y qué piensa hacer de mí,
Si un cuarto no puedo darme ?
¿ Por ventura no ha sabido
Cómo yo soy estudiante ?
Busque, que muchos habrá
Desde poniente á levante,
Que le den algun vestido
Con que se cubra las carnes ;
Tenga vergüenza de andar
Tan desnudo por las calles,
Y destátese los ojos,
Porque vea lo que hace ;
Que si bien me conociese,
No se atreviera á engañarme ;
Mas desde agora le digo
No pase mas adelante.
Si engañó á la reina Dido
Y al amante de Anaxarte,
Que sin tener culpa alguna,
Les hizo que se matasen,
Yo no quiero su amistad,
Si tan caro ha de costarme ;
Porque mas precio mi vida
Que al puto de su linaje.
Mas precio empeñar mis libros
Para jugar á los naipes,
Que á su amor ni á sus amores,
Que á cuanto él puede darme.
Mi amor es la libertad,
Que me la dieron de balde
Un Alejandro en riqueza,
Y en hermosura una imagen.
Si estoy en conversacion,
Luego procura afrentarme
Delante de mucha gente,
Diciéndome que le pague.
¿ Qué brocados me vendió
En la feria de Morales ?
¿ Y qué ganados en Ronda ?
¿ Y en Sevilla qué solares ?
Váyase, déjeme en paz,
No haga algun disparate ;
Que si disparo una vez,
Ha de desear que pare.

(Romancero general.)

1700.

(Anónimo.)

Señora, ya estoy cansado
De ver cuán poca es la pena
Que tienes de mis pasiones,
Siendo tú la causa de ellas :
Ya me canso de sufrir
Y de tener tanto á cuestras